

luación, y sostuvieron que necesitaban más de la mitad de la Sajonia, no sólo en territorio, sino en población. En cuanto consintieron en entrar en este terreno, se consideraron casi vencidos, pues admitían el principio de sus adversarios, que era la conservación de la Sajonia con sacrificios de más ó menos cuantía. Dando el tratado del 3 de enero á los antagonistas de la Rusia y de la Prusia unidas, haciéndoles adoptar una decisión que fijaba todas las miradas, por más que era un secreto, contribuyó mucho á resolver la cuestión esencial. Y con efecto, en el momento en que no se paraban más que en cuestiones de cifras, inevitablemente debían llegar á entenderse.

El mes de enero se consagró á las discusiones de esta especie. Una circunstancia particular contribuyó á llevarlas más pronto á un resultado definitivo. Según su costumbre, el parlamento británico debía reunirse en el mes de febrero. Lord Castlereagh estaba llamado por sus colegas con el fin de justificar su conducta, obscura para el público, y aun para las personas informadas tachada de veleidosa, pues antes de defender á la Sajonia había empezado por sacrificarla. El duque de Wellington tenía que dejar la embajada de París para ir á reemplazarle en Viena. El ilustre secretario de Estado británico, seguro de obligar á ceder á la Prusia, deseaba indemnizarla de este sacrificio con muchas concesiones particulares, ligarla así á su sistema favorito de alianzas, y al mismo tiempo acelerar la terminación del congreso otorgándole una extremada facilidad respecto de las cuestiones accesorias. Y era verdad; no se proponía dejar á Viena sin que estuvieran resueltas las principales cuestiones, y sin tener resultados positivos que comunicar al parlamento. Por lo demás, de su impaciencia participaban todos. Los soberanos, tanto los que recibían hospitalidad como el que la daba (y á este último le costaba ya más de veinticinco millones su generosidad), estaban hastiados de aquella mezcla de fiestas frívolas y de discusiones amargas; acababan de pasar dos años enteros, los de 1813 y 1814, en la ansiedad de una guerra espantosa y de una diplomacia armada de las más agitadas; les faltaba tiempo para volver á su país, descansar de sus negocios, gozar de la paz y hacer gozar de ella á sus pueblos. El cansancio, más que la razón, es lo que pone fin á las luchas dilatadas. Así es que todo tendía á un acuerdo, después de haber indicado por espacio de dos meses una ruptura estrepitosa y una nueva guerra motivada por el reparto de los frutos de la victoria.

Mr. de Talleyrand, cuidadoso de las apariencias casi tanto como del fondo de los negocios, y aunque despreciándole, solícito en adular al partido imprudente que dominaba en Francia, había persuadido á todos los soberanos reunidos en Viena que debían celebrar después de las fiestas una ceremonia fúnebre en honor de Luis XVI, la cual naturalmente tendría lugar el 21 de enero. Mr. de Talleyrand contaba con el doble efecto que debía producir en Viena y en París, pues en Viena sería un acto de deferencia hacia la legación francesa, y en París complacería á los realistas y sería una prueba de su influencia sobre las testas coronadas. Semejante proposición, oportuna ó no, una vez hecha no podía ser rechazada, pues nadie habría querido negar sus homenajes á la augusta víctima del 21 de enero, y además

esta era una nueva reprobación arrojada á la cara de la revolución francesa, que no sería desagradable á los soberanos reunidos en Viena.

Sólo el emperador Alejandro, sin negarse á ella, hizo una pequeña observación. Dijo que nadie podía dudar de los sentimientos que la Europa consagraba al infortunado Luis XVI, pero que aquello era una escena de partido, que, muy impolítica en París, era en Viena una torpe imitación; pero que, por lo demás, si persistían en celebrarla, él asistiría á la ceremonia propuesta, siendo sólo juez la legación francesa de lo que convenía á su gobierno.

De este modo, los soberanos, que habían representado un papel algo ridículo por el exceso de sus placeres y de su lujo, se cubrieron de repente de luto, y el 21 de enero se trasladaron en masa á la magnífica catedral de San Esteban para asistir á unos solemnes funerales en honor de Luis XVI. Nada faltó á la pompa de esta ceremonia. Los soberanos se presentaron rodeados de su corte; un sacerdote francés pronunció el sermón conmemorativo de Luis XVI y de María Antonieta, y después de algunas horas de este duelo político, tornaron las fiestas y los negocios á ocupar al congreso, que tanta celebridad ha adquirido en el presente siglo.

Mr. de Metternich, Mr. de Talleyrand y lord Castlereagh, viendo á la Prusia vencida, se concertaron bajo la dirección del príncipe de Schwartzenberg, representante de los intereses militares austriacos, para operar un arreglo en la Sajonia, que, sin destruir enteramente á este reino, pudiese satisfacer la codicia de su vecina. Primero convinieron en quitarla la mayor parte de lo que tenía hacia la derecha del Elba, y en particular el alto y bajo Lusace. En efecto, la verdadera Sajonia estaba más bien á la izquierda, y la orilla derecha se componía principalmente de provincias anexionadas. Sin embargo, quitándole el alto y bajo Lusace, la conservaban la porción que rodea los desfiladeros de la Bohemia, es decir, Bautzen y Zittau. Después, hacia la izquierda del Elba, convinieron en reducirla á la Misnia y la Turingia, es decir, hacia el país llano, que era el más extenso, pero el menos poblado; y la reservaban el país montañoso, que era, no sólo el más industrial, sino el más interesante para el Austria, cuyas fronteras costeara. Primero, querían no tomar más que cuatrocientas ó quinientas mil almas á la desgraciada monarquía colocada bajo el escalpelo de los geógrafos del congreso; pero en vista de las instancias de lord Castlereagh, que quería recobrar la amistad de los prusianos, y sobre todo concluir pronto su cometido, consintieron en sacrificar á setecientas mil almas de las dos millones cien mil que componían el antiguo dominio de la Sajonia. La quitaron, pues, una tercera parte de su población, con una mitad aproximadamente de su superficie territorial. Las posiciones del Elba eran todavía más importantes que la extensión del terreno. Entre ellas había una cuya adquisición había sido vivamente disputada, la de Torgau. Después de haber entregado la ciudad de Wittenberg, abandonar todavía la de Torgau era muy grave, porque esta plaza, según la opinión ya sabida de Napoleón y su experiencia decisiva en esta materia, se había convertido en la plaza más importante del alto Elba. El príncipe de Schwartzenberg y Mr. de Talleyrand querían resistirse á este arreglo; pero abandonados por lord

Castlereagh, se vieron precisados á ceder. Fijaron en fin un plan que transfería á la Prusia, además de los puntos importantes de Wittenberg y de Torgau, como hemos dicho, la mitad del territorio sajón y una tercera parte de su población. Es verdad que las principales ciudades y el territorio más rico de la Sajonia quedaban á Federico Augusto.

Este plan, acordado entre la Francia, el Austria y la Inglaterra, en tanto que los comisarios discutían, y con frecuencia disputaban, fué presentado á la comisión de evaluación en los primeros días de febrero. Era evidente que éste era un plan concertado, y que los rusos y los prusianos no obtendrían mucho más aun con la probabilidad de echarle por tierra. Los compromisos para con la Prusia estaban más que cumplidos, pues se había operado, lo que era una de las fórmulas del tiempo, su reorganización bajo el mismo pie en que estaba en 1805 y dejando mejor trazadas algunas partes de sus fronteras. Por último hicieron pasar á la Sajonia del segundo al tercer orden en la escala de los Estados germánicos; y habiendo abandonado la Rusia el ducado de Posen y arrojado la guerra por la Prusia, llevó hasta el colmo su adhesión hacia Federico Guillermo. La Prusia lo conocía y resolvió ceder. No obstante, quedaba algo que la hería mucho, porque los militares prusianos hacían cuestión de amor propio, y los comerciantes de su interés, la posesión de la célebre ciudad de Leipsick. La adquisición de Leipsick era para el orgullo de los prusianos una indemnización de la humillación que iban á sufrir evacuando la Sajonia, que, según ellos decían, les habían dejado ocupar, lo que equivalía á la promesa de dársela por entero.

En su consecuencia, el 8 de febrero, la Prusia presentó una nota en la cual, pronunciando por la primera vez la palabra aceptación respecto de la transacción propuesta, pedía que se le concediera á Leipsick, haciendo valer la razón de que no le daban de la Sajonia más que la porción menos rica y la menos poblada, pues no contenía una sola ciudad importante. Por mera fórmula, pero en términos muy moderados, añadió que mientras la ponían en el estado del año 1805, el Austria ganaba mucho más de lo que en aquella época tenía, un millón quinientas mil almas directamente, y dos millones indirectamente, en provecho de las ramas descendientes colaterales de su familia establecidas en Florencia, Módena, Parma, etc.

Como sucede ordinariamente, el último día fué de los más agitados. El rey vió á lord Castlereagh, dijo á este ministro que querían deshonrarle, y hacer imposible su entrada en Berlín mandándole evacuar la Sajonia después que la había ocupado, y que sólo Leipsick podía dulcificar la amargura de semejante sacrificio. Era fácil decirle que si la evacuación de Sajonia se le hacía penosa, era por culpa suya, pues la había ocupado por una especie de golpe de mano, imposible de sostener, y no debía reprender á nadie más que á sí mismo. Lord Castlereagh dió parte á los aliados de las instancias de Federico Guillermo; pero además de que los ingleses querían en su interés comercial que Leipsick perteneciera á un pequeño Estado y no á uno grande, el ministro británico halló tal resistencia, que creyó no deber insistir. Únicamente se pusieron de acuerdo para conceder alguna cosa á la Prusia, que regateaba con

obstinación para obtener los habitantes que deseaba en los territorios consabidos. La Inglaterra sacrificó al Hannover setenta mil almas de las trescientas mil que Prusia debía abandonarle, además cincuenta mil de las que le pertenecían en los Países-Bajos; y por último, queriendo pacificarlo todo, hizo aún un sacrificio más considerable. Había querido que Cracovia, á causa de su importancia moral, y Thorn por su importancia militar, quedasen declaradas ciudades libres y neutrales; pero desistió de esta última pretensión y consintió en ceder Thorn á la Prusia, la que, con este motivo quedó dueña de todas las plazas fuertes del bajo Vístula, Thorn, Graudenz y Dantzick, después de haber obtenido ya todas las del Elba, Torgau, Wittenberg, Magdeburgo, etc. A este precio, Leipsick fué conservado á la Sajonia, y la Rusia se adhirió á los arreglos propuestos. Ciertamente no debía quejarse, y sin embargo, el exaltado Blücher, dejándose llevar de la fogosidad de su lenguaje, exclamó que no podría llevarse en lo sucesivo el uniforme prusiano. Con todo, él mismo había probado y debía probar nuevamente que este uniforme era todavía bastante para honrar á los que lo vistiesen.

Vencidas ya las principales dificultades del congreso, respecto de las cuestiones que quedaban por resolver, si exigían esfuerzos y aún sacrificios, ninguna era suficiente para hacer temer la guerra, y los soberanos lo juzgaban así, pues estaban dispuestos á retirarse para dejar á sus ministros el cuidado de reemplazarlos.

Sin embargo, en la cuestión relativa á la Sajonia quedaba por vencer una dificultad que no dejaba de ser importante. Por grande que fuera el poder de los antiguos aliados, era preciso el consentimiento del rey Federico Augusto. Este príncipe afectuoso y benigno, prisionero en Berlín, había tomado la determinación de no adherirse jamás á lo que hicieran contra él, sobre todo si querían trasladar su corte á otro paraje que no fuese Sajonia. Así pues, según los principios adoptados en todo tiempo, nada había irrevocablemente adquirido más que lo que el soberano legítimamente transfería á otro por un consentimiento voluntario. Estos principios, que Mr. de Talleyrand había sostenido con intención de hacerlos después aplicables á Murat, daban fuerza moral al rey de Sajonia, y en una época en que se deseaba resolver por completo los negocios, en que se quería salir de lo que llamaban la inestabilidad revolucionaria para entrar en la estabilidad monárquica, todos los poseedores de Estados nuevos buscaban cuidadosamente el libre consentimiento de los antiguos, y para conseguir el del rey de Sajonia, resolvieron ponerle en libertad, llevarle á Austria, no á Viena, donde encontraría probablemente á sus defensores, pero también sus expoliadores, sino á Presburgo, por ejemplo, donde los tres principales ministros de las cortes que le habían defendido, Mr. de Talleyrand, Mr. de Metternich y el duque de Wellington (éste reemplazaba á lord Castlereagh), emplearían con él toda su influencia á fin de conseguir que se resignara.

Respecto á los otros arreglos europeos, estaban casi de acuerdo, excepto sin embargo en lo que concernía á la Italia. La fundación del reino de los Países-Bajos, ya estipulada por la Inglaterra en Chaumont y París, quedó definitivamente instituída en Viena, y se decidió que el príncipe de Orange, representante de esta casa,

recibiera el título de rey de los Países-Bajos, reuniéndose bajo su cetro la Bélgica y la Holanda: á estas disposiciones se unieron algunas otras territoriales. No querían absolutamente que Luxemburgo y Maguncia fuesen plazas prusianas; el ducado de Luxemburgo fué transferido al futuro rey de los Países-Bajos, con la misma plaza, que debía ser federal é indemnizar á la Prusia, asegurada ya de todo lo que habíamos poseído por aquel lado, por los Estados hereditarios del príncipe de Orange, de quien tenía que valer para los cambios con la casa de Nassau. En consecuencia de estas medidas la Francia no se encontraba limitrofe de la Prusia más que por una pequeña parte de sus fronteras, es decir, desde Sarreguemines á Thionville, en vez de ser desde Sarreguemines á Mezieres.

Para constituir mejor el territorio de Prusia, se hicieron todavía algunos cambios. Bajo el nombre de provincias rhinianas, obtuvo los antiguos electorados eclesiásticos de Colonia y de Tréveris, y el ducado de Juliers, que, desde 1803, había sido en gran parte bajo el dominio de la Francia sobre la orilla izquierda del Rin. Sobre esta orilla quedaban de nuestras posesiones el antiguo Palatinado, llamado el Palatinado del Rin, es decir, el país comprendido entre el Rin y el Mosela, desde Lauterburgo hasta Worms, desde Rohsbach hasta Kreuznach. Respecto á esto, no había grandes dificultades que vencer, porque el Austria y la Prusia habían convenido en tomar, sobre poco más ó menos, el Mosela como línea divisoria de las poblaciones prusianas y austriacas. El Palatinado del Rin fué cedido á la Baviera, y lo que quedaba del elector de Maguncia á la casa de Hesse-Darmstadt, comprendida naturalmente en esta restauración general, lo mismo que la casa de Hesse-Cassel. Cédida la plaza de Maguncia á la casa de Hesse-Darmstadt, se convirtió en plaza federal, en la que las potencias alemanas debían tener una guarnición común. Dotada de este modo la casa de Hesse-Darmstadt, hizo cesión á la Prusia del antiguo ducado de Westfalia, de manera que la Prusia, provista ya del gran ducado de Berg, que nos había pertenecido á la derecha del Rin, adquirió del Rin al Elba una extensión de terreno interrumpido solamente por los pequeños principados alemanes de su dependencia. En consecuencia de las concesiones cuyo equivalente acababa de recibir, entregó al Hannover además del principado de Hildesheim, la Ostrise, que Inglaterra quería á causa del mar, y el Hannover le cedió el ducado de Lawenburgo, situado á la derecha del Elba, no lejos de Hamburgo, ducado del que la Prusia pensaba hacer un uso muy importante para ella, cambiándolo con la Dinamarca por la Pomerania sueca.

El infortunado rey de Dinamarca no estaba en una posición mucho mejor que la del rey de Sajonia. Fiel á la Francia, porque sus intereses marítimos le ligaban á ella contra la Inglaterra, había obrado con perfecta lealtad, y después de nuestras derrotas, viéndose precisado á abandonarnos, lo había hecho sin doblez; pero mal recompensado por su honrosa conducta en una época de violencia, le habían quitado la Noruega, para procurar á Bernadotte, además de una indemnización de la Finlandia, una popularidad que compensara lo que le faltaba por los antecedentes de su origen. Sin embargo, despojando á la Dinamarca, le habían con-

cedido la Pomerania sueca, en la que estaba comprendida la plaza de Stralsund con la isla de Rugen, resto insignificante del antiguo poderío sueco en el continente germánico, y le habían hecho esperar una completa indemnización. El rey había llegado á Viena á reclamar el cumplimiento de esta promesa, y aunque se condujo con mucha discreción y dignidad, y empleó gran moderación en defensa de sus derechos incontestables, y aunque reconocieron todos que tenía mucha razón, casi no se ocuparon de él, y ni siquiera recibieron á sus ministros en el congreso. La célebre divisa: *Vae victis*, jamás estuvo más completamente justificada, y de los treinta y dos millones de súbditos arrebatados á la Francia, no encontraron nada con que reintegrar á este príncipe de lo que le habían quitado, por el bien general, según decían, pues consideraban como el bien general dar á Bernadotte la Noruega. Además esta miserable indemnización de la Pomerania sueca prometida al rey de Dinamarca, no estaban seguros de concedérsela, pues Bernadotte se negaba á ello, bajo el pretexto del compromiso contraído por la coalición de concederle la Noruega, que no se había cumplido por haberse opuesto los noruegos.

Esta iniquidad probablemente hubiese sido consumada sin el deseo que la Prusia tenía de la Pomerania sueca. En efecto, el territorio de la Prusia, que la naturaleza no había formado, que la ambición de sus príncipes había compuesto sucesivamente á retazos, era entonces el objeto de un desquiciamiento general, que iba á hacerse con mucha oportunidad, pues después de oponer una corta resistencia á los prusianos, habían concluido por dejarles hacer su voluntad, la Inglaterra por reanudar su alianza en provecho de los Países-Bajos, la Rusia por complacencia, y el Austria por que la dejaran tranquila en Italia. La corte de Prusia, pues, deseaba hacer algunos cambios para asegurarse una extensión de territorio desde el Rin al Niemen. Por esto, como hemos dicho, acababa de ceder el Luxemburgo á la casa de Orange, para que ésta le cediera sus propiedades hereditarias, y con estas propiedades pudo obtener de la casa de Nassau algunos terrenos en el Hesse. De este modo, también pudo pedir una porción del electorado de Maguncia, para cambiarlo, con la casa de Hesse-Darmstadt, por el ducado de Westfalia. En fin, quería la Pomerania sueca, para poseer completamente las bocas del Óder y la ribera del Báltico, desde Mecklemburgo hasta Memel. En cambio, ofreció á la Dinamarca el ducado de Lawenburgo, que se había hecho ceder por el Hannover y que colindaba con el territorio de Holstein. Pero la Dinamarca no encontraba en esto ni un equivalente á la Pomerania sueca ni mucho menos el cumplimiento de la promesa, solemnemente empeñada, de indemnizarla con la Noruega. La Prusia imaginó arreglar esta dificultad con algunos millones de escudos, pues necesitaba terreno á toda costa, aunque fuera pagándole, si no podía tomarle por fuerza. El rey de Dinamarca, desesperando de ganar su causa, y juzgando que era mejor un territorio contiguo á sus Estados de Holstein que un territorio lejos, como la Pomerania sueca; y poco seguro además, porque la Suecia se negaba á entregarla, se resignó al fin á las proposiciones de la Prusia. Por las cualidades de su soberano, por las de su pueblo, por su honrosa conduc-

ta, por su posición de guardador del Sund, que la hacían más necesaria al equilibrio europeo, la Dinamarca era digna de mejor suerte. Pero formaba al lado de los vencidos, y si los vencidos, cuando un solo hombre era el vencedor, como Napoleón, tenían alguna probabilidad de interesar su generosidad, no contaban entonces con ninguna, porque el vencedor se componía de una co-

Niemen, estaba un poco más ancha hacia la Sajonia, aunque no tanto como había querido; y se hallaba mejor situada entre las provincias de Silesia y de la vieja Prusia, por la restitución del ducado de Posen, y sobre todo se veía provista de principales plazas fuertes sobre los ríos que la atravesaban, Thorn, Graudenz y Danzick sobre el Vístula; Breslau, Glogau y Stettin sobre el



Federico VI, rey de Dinamarca

lección de potencias ocupadas exclusivamente de su interés, ansiosas de tomar su parte cuanto antes, y careciendo de generosidad y hasta de pudor, porque en una sociedad como aquella cada miembro hacía recaer sobre la asamblea la culpa de los actos que harían avergonzarse á cada uno en particular.

La Prusia, pues, para completar su sistema de cambios hizo el sacrificio de reconocer como pertenecientes á la Baviera, que la había ofendido cruelmente, los principados de Anspach y de Baireuth, situados en Franconia, y que eran algunas propiedades prusianas, para obtener el gran ducado de Berg, que antes la pertenecía. Gracias á todos estos arreglos, la Prusia logró constituirse á medida de sus deseos. Se extendía casi sin interrupción desde las márgenes del Mosa á las del

Óder; Torgau, Wittenberg y Magdeburgo sobre el Elba; Coblenza y Colonia sobre el Rin. Sólo tenía una cosa que sentir, esto era hallarse á la izquierda del Rin, no á causa de la vecindad, que dichosamente no era un motivo de infalible hostilidad, sino á causa de la desconfianza que debía hacer nacer en ella la posesión de un territorio veinte años poseído por la Francia. Preciso era decirlo en elogio de su buen sentido, la Prusia no lo había deseado, y no se había prestado á ello más que por complacer á la Inglaterra, que había procurado enredarla con la Francia por el más tiempo posible. Con la condición de poseer á la Sajonia por completo hubiera abandonado la Prusia con el mayor gusto la izquierda del Rin, aunque de este modo hubiese salido gananciosa la Francia.

Después de la reorganización de la Prusia, del establecimiento de las dos casas de Hesse, y del injusto arreglo de cuentas con la Dinamarca, los arreglos territoriales de la Baviera eran la obra más importante del congreso. El principio de esta cuestión se había establecido en París. Había sido convenido que la Baviera restituiría la línea del Inn, el Tirol y el Vorarlberg al Austria, y que ésta le cedería el gran ducado de Wurzburg, que había quedado vacante por la vuelta del archiduque Fernando á Toscana; el principado de Aschaffenburg, arrebatado al príncipe primado, presidente destituido de la Confederación del Rin, y en fin, la mayor parte del antiguo Palatinado del Rin, que antes había poseído la Baviera. Bajo el pretexto de restablecer á cada uno en sus dominios, era esto un nuevo cálculo de los aliados de Chaumont, queriendo poner á Baviera en recelo con la Francia, como lo habían hecho con la Prusia. Por lo demás, la cuestión de la Sajonia y la Polonia, que estuvo á punto de provocar una nueva guerra, ya resuelta, presidió á la resolución de los demás asuntos toda clase de facilidad, y bajo el arbitrio de la Francia, aliada del Austria y de la Baviera, desde el tratado del 3 de enero, estas dos cortes estaban á punto de entenderse. Lo que les separaba era el antiguo obispado de Salzburgo, que debía quedar dividido después de adoptada la línea del Inn y del Salza como frontera. La Baviera quería retener al menos el prebostazgo de Berchtolsgraden, tan disputado en otro tiempo á causa de sus salinas. La Francia, no queriendo mezclarse en esto, las alentaba á que se arreglaran entre ellas, y estaban muy cerca de conseguirlo.

Se hallaban, pues, de acuerdo en todo lo concerniente al Norte de la Europa: los principios de la nueva constitución germánica estaban fijados. El Austria, que en todo lo relativo á ella había dado pruebas de una rara prudencia, rechazó la corona germánica, que estaba casi dispuesta á admitir, lo mismo que rechazó las provincias belgas que preferían su soberanía á la de Holanda, y que Inglaterra le habría cedido con gusto porque se encontrara en contacto con la Francia, como lo estaban ya la Prusia y la Baviera. El Austria, consintiendo en que las otras estuviesen comprometidas, pero no queriendo estarlo á su vez, rechazó las provincias belgas, ricas, hermosas y bien situadas, pero lejanas y demasado cerca de la Francia; el Véneto y el Milanesado, menos industriosas pero fértiles, y mejor situadas con respecto á ella, le convenían más. En cuanto á la corona germánica, había sentido su peso, y no quería su dependencia si al restablecerla la dejaban electiva. Ahora bien, como la Prusia no podía admitirla sino electiva, con la esperanza de obtenerla un día, el Austria tuvo la prudencia de no querer más tiempo una corona tan pesada que á cada reinado no se podía obtener sino halagando á los electores, y aun esto con exposición de verla pasar á la Prusia. Prefirió, pues, que fuese abolida, y que se convirtiese en lo que tenía de más verdaderamente útil, en la presidencia perpetua de la dieta germánica. Es verdad que así dejaban indecisa una cuestión de las más graves, y que tenía que ser una de las dificultades del porvenir, el mando militar de la Confederación; pero en aquel momento sólo se pensaba en establecerse bajo un pie de paz, pues parece que cada época despierta ideas peculiares.

Simplificada la antigua dieta, con el Austria por presidente perpetuo, fué universalmente preferida á la corona electiva. En vez de la división en diversas órdenes, y del número infinito de votantes, resolvieron conformarse con lo que aconsejaba la experiencia y concentrar el voto como habían concentrado la soberanía. Establecieron, pues, una asamblea ordinaria de diez y siete confederados, en la cual cada uno de ellos no tenía más que un voto, cualesquiera que fuera su poderío, Austria ó Baden, Prusia ó Mecklenburgo, excepto los pequeños príncipes, que, reunidos, sólo tendrían uno. Las antiguas ciudades libres, reducidas á cuatro, como Francfort, Brema, Lubeck y Hamburgo, todas reunidas, debían aparecer en las votaciones como una sola ciudad. Independientemente de esta asamblea ordinaria, residente en Francfort, resolviendo los negocios corrientes y decidiendo los casos de competencia, establecieron otra, llamada general, compuesta de sesenta y nueve votantes, donde cada uno debía tener un número de votos proporcionado á su importancia, cuando se tratara de las leyes fundamentales ó de los grandes intereses del pacto federal.

Preciso es reconocerlo: esta nueva representación de la Confederación germánica era conforme á la disolución de las distinciones sociales y á la disminución de las pequeñas soberanías, en una palabra, á la simplificación de la sociedad moderna. Los confederados conservaban su independencia soberana, podían tener sus ejércitos, sus representantes en las diversas cortes de Europa, pero no podían contraer alianzas contrarias ni al pacto federal ni á la seguridad de la Confederación, y estaban obligados, para la defensa de estos grandes intereses, á proporcionar un contingente calculado por sus respectivas fuerzas.

Estas medidas eran buenas, salvo la aplicación que se hiciera de ellas según el tiempo y las circunstancias, y debían ser consideradas como las mejores resoluciones del congreso. En el mes de febrero quedaron concluidas estas diferentes estipulaciones, las unas por escrito, las otras verbalmente, pues al lado de las grandes cuestiones que habían amenazado una conflagración general, un trabajo continuo había preparado la solución de las cuestiones secundarias. Después de haber formulado los arreglos obtenidos en tratados particulares entre las partes más directamente interesadas, tenían el proyecto de tomar de cada uno de éstos lo que fuera de un *interés general y permanente*, y de formar un tratado general, que los ocho signatarios de la paz de París debían autorizar con su firma, como árbitros y fiadores, y que los otros Estados representados en Viena debían firmar también como partes interesadas y personalmente comprometidas. Este tratado fué el que se publicó después con el título de *Acta final de Viena*.

Este trabajo de redacción fué emprendido en febrero de 1815, pero no podía ser terminado hasta después de algunas semanas. Entretanto, se esforzaban en resolver algunas dificultades, y la Suiza se hallaba en el número de las potencias que las motivaban. Había dado mucho que hacer á la comisión especial, y principalmente á las tres potencias, Rusia, Austria y Francia, que se habían mezclado indirectamente en sus asuntos. El emperador Alejandro, por espíritu liberal, no quería aparecer en Suiza dispuesto á operar una extravagante contrarrevolu-

ción; el Austria, indiferente á los principios liberales, procuraba lo que pudiera ser prácticamente razonable, y en fin, la Francia, cuya influencia estaba en el cantón de Berna y los pequeños cantones democráticos, quería una transacción que no dejara descontentos ni á los unos ni á los otros.

De este concurso de moderadas intenciones debía resultar algo bastante prudente, y bastante conforme con el espíritu del siglo. Ya hemos visto que las tres principales potencias se habían opuesto á que los nuevos cantones volviesen á su anterior estado de súbditos y habían establecido por principio el sostén de los diez y nueve cantones constituidos por el acta de mediación. La Francia, cuyo socorro invocaban contra el principio los berneses, Lucerna, Uri, Schwitz y Unterwalden, por fortuna estaba representado por un espíritu fuerte é ilustrado. El duque de Dalberg había conseguido hacerles comprender que no había más que aquel principio de admisión, pues era imposible convencer á los cantones de Vaud, Argovia y Saint Gall, etc., á que se resignasen á su antiguo estado sin una guerra civil odiosa y que la Europa no soportaría. Así, pues, el principio de los diez y nueve cantones fué admitido definitivamente. No obstante, el cantón de Berna, que había sido antes tan vasto y tan rico, y que era tan poco en aquella época, debía ser indemnizado. La Francia imperial, cuyos despojos servían entonces para poner de acuerdo á todo el mundo, había dejado vacantes algunos territorios al otro lado del Jura: éstos eran el Porentruy y el antiguo Estado de Basilea. Allí habían encontrado una indemnización que se apresuraron á ofrecer al cantón de Berna, y que al fin aceptó éste. Además, habían decidido que los nuevos cantones pagasen una indemnización á los antiguos, á los que habían empobrecido al separarse de ellos. Dichos por salvar así su existencia, los nuevos cantones consintieron en dar esta compensación, y todas las dificultades, respecto á los intereses de existencia y territorios, quedaron allanadas. Exigieron además que, en el pacto federal, los principios de igualdad civil, ora en los cantones, ora entre las clases de los ciudadanos, fuesen proclamados y consagrados, y por último se dieron á la Suiza algunos florones arrancados de la corona de Francia, estipulando que Neufchatel, dotación del príncipe Berthier, Ginebra, convertida en estado libre, así como el Valais, mediadora entre Francia é Italia, formasen tres nuevos cantones incorporados á los diez y nueve.

Se conservó la idea tomada del acta de mediación, consistente en hacer pasar alternativamente el gobierno federal de los unos á los otros, entre los principales cantones. Sólo Alejandro, inspirado siempre por Mr. de Laharpe, quería que se excluyera á Berna. Pero la Francia, por motivos de interés y de justicia, y el Austria por afición al partido aristocrático, resistieron, y Berna, Zurich y Lucerna quedaron fijados como los tres cantones entre los cuales debía alternar el gobierno de la Confederación suiza.

Quedó, pues, renovada casi por completo el acta de mediación, con algunas reparaciones bastante equitativas á los antiguos interesados, y con un acrecentamiento de tres cantones quitados á la Francia. Comunicadas estas resoluciones á la Suiza, y aceptadas poco después por los tres cantones, debían recibir la sanción de la

Europa, con la ordinaria garantía de la perpetua neutralidad.

Todavía faltaba resolver los asuntos de Italia, respecto de la cual había aún pendientes dos cuestiones de la más alta importancia: la de Parma y la de Nápoles, que sin cesar habían suspendido con la esperanza de que el tiempo las arreglaría. Como hemos dicho, habían resuelto lo concerniente á la Cerdeña, reuniendo Génova al Piamonte y asegurando en la rama de Carignán el derecho de sucesión. En cuanto al Austria, no había abandonado á nadie el derecho de vigilancia, y después de haberse adjudicado la Lombardía hasta el Tesino y el Po, inmediatamente había puesto en posesión á las ramas colaterales de su familia imperial de los ducados de Toscana y Módena. No había, pues, que arreglar más que las cuestiones de Parma y Nápoles, que reclamaban las dos casas de Borbón para la reina de Etruria y para Fernando IV. Mr. de Talleyrand, tan activo respecto de Murat, se había dejado dominar tanto por la cuestión de Sajonia, que no había casi hablado de Italia á Mr. de Metternich, y ni aun había exigido, por su concurso en los asuntos del Norte, la promesa de que votarían con la Francia en los de Nápoles. Se había contentado con una reserva de poca importancia, esto es, que todos los votos emitidos sobre los asuntos de Italia fuesen provisionales hasta que se hubiesen convenido sobre la suerte futura del trono de las Dos Sicilias. La precaución no era, pues, de grande utilidad, pues los únicos puntos en que habían fijado alguna cosa su atención se concretaban á la Cerdeña, y nosotros, más que ninguna potencia, estábamos interesados en que fueran definitivos. En el último momento, Mr. de Talleyrand dependía de la buena voluntad del congreso, y en la impaciencia de partir que se había apoderado de todos, era de temer que se separaran sin decidir ningún asunto, lo que habría salvado á Murat, el cual, hallándose en posesión del trono, no necesitaba más que guardar silencio para ganar su causa.

Por consiguiente, Luis XVIII no cesaba de estimular sobre este asunto á su plenipotenciario, porque le interesaba mucho más que la Sajonia. El monarca francés, cuyas miras en la política exterior eran poco extensas, pero sí sensatas, no deseaba que su legación representase un papel muy activo en Viena. Orgulloso, como hemos dicho, de su origen borbónico, dichoso por haber recuperado el trono de Francia, se creía bastante grande si conseguía sostenerse en él, y sólo pedía que le desembarazaran de Murat, á quien consideraba como cómplice secreto de Napoleón, y pronto á proporcionar á éste los medios de entrar en escena, ya por la Francia, ó por Italia, lo que revelaba en él más previsión que la que tenía Mr. de Talleyrand, que concentraba todo su afán en la cuestión de Sajonia. No obstante, resuelta la cuestión de Sajonia, Mr. de Talleyrand, aguijoneado por Luis XVIII, empezó á hablar de Italia á todos los miembros del congreso; pero no habiendo tomado sus precauciones con el Austria y la Inglaterra, se encontraba desarmado. Que hubiese dado tiempo á Mr. de Metternich para la cuestión de Nápoles, que exigía tiempo para ser bien resuelta, era muy justo; pero que se hubiese aliado gratuitamente con la Inglaterra y el Austria por el solo placer de firmar un tratado, sin estipular nada respecto de Murat, era una manera de proceder que